

presión, en el hermetismo de las oscuridades, justo aquello que ha salido a la luz sin el consenso de las colectividades ilustradas, ya no sólo significadas y vencidas, sino también ahora suplantadas por otras voces en cuyos aplausos no caben los imposibles reales.

**Soldadesca** lleva camino de convertirse en un libro que pronunciado en los lugares comunes crearía un clima de enemistad, un enfriamiento en verano, un desacuerdo que no permitiría que el texto —sólo aparentemente separado de la realidad— hablara entre nosotros, como si fuera una de nuestras voces. Este nombre que sobre muchos jóvenes se extiende, ya ha sido pronunciado por Ullán: "Mas las palabras del cantor, quien no las cree no las entiende". "No ahora —dice Rilke—. Provocaría inquietud entre vosotros; surgirían corrientes de atracción y de rechazo", y mucho me temo que Ullán "necesite nuestro silencio, y la superficie inalterada de nuestra espera complaciente".

Yo no voy a reclamar un olvido más extenso, el único significativo, que diría Valente. No me atrevo sino a emplazar vuestra noche en otras noches. **Soldadesca** nos enseña, en fin, "que mayor miseria es enfermar el alma con odio que la carne con vida".

Las ilustraciones de Brinkmann, Chillida, Fraile, Gordillo, Palazuelo, Peinado, Quetglas, Rojo, Saura, Sempere, Tápies y Zóbel, que acompañan al texto y su portada, si es posible atravesarlas con una sensibilidad des acostumbrada, con el ritmo propio que ya os tendrá acostumbrado el texto, regresad (con esa incertidumbre, con esa disposición, en su apariencia, en sus señales, en sus balbuceos, en su nada misterioso desaparecer) a algo que se reconociera, que se pareciera a lo incomprensible de todo este texto. Otra cosa no puede concebirse en **Soldadesca** más que un momento como éste, que nos sorprende y que no siempre se pone a nuestro alcance, que es más cercano a la nostalgia que a la demora de quien no sabemos si ha escapado o está aún por llegar.

**Soldadesca** es la persecución de un acorde, del que Ullán sabe tanto como los demás, que consiste en desear el cuerpo de la escritura. ■ ZAYA.

## ADIOS A LAS LETRAS

### Visita tardía

**H**E visitado tardíamente Grandola, Vila Morrena.

Si yo hubiera sido revolucionario me hubiera muerto en el intento, porque soy muy cobarde, un cobarde contagiado por la patología del valiente, ser que cree que de su cobardía puede sacar algún jugo provechoso, aquel lugar de la mirada en el que habita la nostalgia del pasado. A Grandola siempre llegas tarde, cuando hace demasiado sol, han cerrado los viejos lo que queda de la plaza y todos se han encerrado bajo llave en lo que debe ser el recuerdo del pueblo, el pasado eterno en el que viven los ancianos.

Llegas tarde, pues, sobre las cuatro. Los hombres recogen los melones de la carretera, se abren las tiendas vespertinas, nadie aparece por el sector, entre todos buscan una identificación con el aire, porque todos miran hacia arriba, buscando del cielo alguna justificación.

Grandola aparece al principio, calurosa y evasiva, como una dama esposada. ¿Quién eres tú?, te preguntan las gasolineras; tú ves a los pollos recorriendo el camino, obviándote, aterrado de que tú seas el próximo visitante de aquel lugar de Portugal. Tú miras hacia los estancos: dónde, demonios, se compra en este país picadura de tabaco, agua de seltz, whisky, zapatos de tacón alto, cassettes. Yo quiero, le digo al hombre de la gasolinera, irme con buen sabor de Grandola.

Hay una fiesta en la que todos prometen ser mejores que el año pasado, mejorar la tradición, sentarse al sol con menos moscas, ser en el pueblo mucho más elegantes, guapos, serios, la asustada existencia de los pueblerinos mirando, distraídos, al hombre que acude a comprar el cassette.

Finalmente aparece el sabio: "Usted, de aquí a Lisboa tiene dos horas. Si es joven, lo hace en hora y media, pero, si no, lo hace en dos horas. Yo lo hago en dos horas". El ata, lentamente, la capota de su coche y guarda, convencido de haber obte-

nido el agua que Fátima colocó en la frente de las bienaventuradas, lo que lleva en el termo que previene del calor con su cuerpo torpe y cansado.

Grandola se cierra a esa hora, bajo el calor solitario del verano de este año. La radio anuncia que todo acaba, que no hay nadie en el lugar que apueste por una solución racional del vacío. Los viejos se preguntan entre ellos qué es el vacío. Por la noche, Ramalho Eanes les dice a todos qué es el



vacío: una mirada lenta, suficiente, les dice desde el altavoz blanquinegro de la televisión que habrá disolución de la Asamblea, que la literatura no sirve para acabar con este estado de cosas. Es un Presidente como otros, que le dice cosas sin sentido, con cara ceñuda, seco, ausente, enquistado en Belén, a las gentes de Grandola.

Grandola está vacía. El calor ha matado a los ratones, ha secado los claveles, no se oye una voz en todo el pueblo.

Cuando Humphrey Bogart interpretó "Casablanca", nunca pensó que ese pueblo moro iba a resultar más perdurable que Grandola, que nos despide con su nombre —hay que mirar atrás para percibirlo— totalmente borrado por graffiti. ■ SILVESTRE CODAC.

### ¿Una o dos culturas?

En un famoso ensayo publicado en 1959 por el novelista y científico Charles Percy Snow bajo el título de *Las dos culturas* y la revolución científica, se avanzaba la tesis de un divorcio creciente entre creadores —escritores o artistas—, por un lado, y hombres de ciencia, por otro. La obra de Snow dio inmediatamente origen, sobre todo en el mundo anglosajón, a una viva polémica que, bajo una forma u otra, todavía perdura.

Precisamente en el marco de ese debate se inscribe el libro del

norteamericano William H. Davenport, director del Departamento de Humanidades del Harvey Mudd College, que lleva el significativo título, a modo de respuesta a la tesis de White, de *Una sola cultura: la formación de tecnólogos-humanistas* (1).

El tema es, sin duda, importante. ¿Habría habido, cabe preguntarse, un Hiroshima o un Nagasaki de no haber existido previamente ese divorcio entre ciencia y humanismo? Oppenheimer

(1) Colección "Tecnología y sociedad". Traductor: Esteve Ribau i Saurí. Gustavo Gili. Barcelona, 1979.

ya advirtió —cuando el daño ya estaba hecho— sobre el peligro de una ciencia vuelta de espaldas al hombre. Algo parecido hizo Einstein, que tanta responsabilidad tuvo en la fabricación por Norteamérica de la bomba. Ambos físicos hablaban, pues, con auténtico conocimiento de causa.

Es verdad que la ciencia y la tecnología, como nos señalaba hace algún tiempo el filósofo polaco Bogdan Suchodolsky (2), pueden ser —y de hecho han sido muchas veces: basta mirar a nuestro alrededor— liberadoras,

(2) Ver entrevista publicada en el número 818 de TRIUNFO.

## Cultura a la contra

## Milenio

**L**A otra noche, presa del habitual insomnio ciudadano, con miedo a salir a la calle por si las bombas de los fachas me cogen en algún bar decente y sin un duro en el bolsillo —estado este mucho más condicionante para no salir que el miedo a las bombas, a las que ya empezamos a acostumbrarnos en Madrid—, puse la radio. Escuché entonces a un joven —unos veinte años le calculé por la voz— que nos avisaba de algo que todos los profetas que se precien han anunciado: el fin de los tiempos. Organizaba el joven también un camping para prepararse a tan terrible acontecimiento. Bueno, pensé yo: una locura más para el verano, un disparate de esos que pueden desembocar en terribles chascos o en buenos dineros para quien sepa manejar la broma como negocio.

Pues, por lo visto, es más que eso. Todo el mundo se preocupa ahora del milenio, del "diluvio que viene", de la Era de Acuario y demás zarandajas, disfrazadas a veces de ecología o de falsa tecnología de ciencia-ficción antigua. Todo el mundo, o casi todo el mundo, se ha contagiado de esta locura de terror, de ese miedo abyecto a la muerte de todo. Unos, por la crisis de la energía, en la que ven el final de la cultura en que vivimos. Otros, temerosos de que las centrales nucleares les estallen en las narices cualquier día; algunos más, por creencias religiosas o místicas —la Era de Acuario—; y muchos otros, contagiados por el miedo general, basándose en interpretaciones históricas o pseudohistóricas de la realidad actual.

Incluso con el asunto del "Skylab", se ha vuelto a resucitar el miedo de los galos a que el cielo se les cayera encima. Se han hecho incluso conjuros colectivos en los conventículos de las brujas "jipis", para evitar tan terrible desgracia; y algunos listillos han inventado paraguas antiaerolito. Se denuncian también, para el mítico año dos mil, terremotos de distinta índole, apariciones de signos en el cielo, emersión de Atlántidas y sumersión de otras zonas pobladas de la Tierra. Y guerras nucleares, y bombas de neutrones, y hambres generalizadas, y contaminaciones de las aguas y de los aires. El último programa de "Erase una vez el hombre" nos mostraba un cuadro fantacientífico del año dos mil y pico: la Humanidad huyendo en cohetes hacia otros planetas mientras el suyo estallaba.

Hasta los argentinos —que deberían ocuparse de cosas más urgentes, como derrocar a Videla— se preocupan por estos asuntos: el Grupo Cero —ellos cantan, bailan, psicoanalizan y escriben poemas, todo ello a precios módicos— llaman a su revista "Apocalipsis Cero". Hay una cierta inquietud, un miedo a lo que pasará. Un miedo que, creo yo, debe enmascarar el miedo más difícil de soportar a lo que realmente está pasando ya, y a lo que ha pasado. Es como el miedo al infierno o la búsqueda del paraíso: ponemos nuestros temores y nuestras esperanzas tan lejos, que no vemos aquello que pueda ser verdadera e inmediata causa de terror: el increíble aumento del coste de la vida, o la disminución radical de la libertad, por ejemplo, en el mundo entero.

Desde luego, detrás de toda esta campaña de terror debe haber alguien, ese alguien que no tiene un rostro definido, sino muchos rostros y muchas cuentas en Bancos; alguien que se ve amenazado en sus intereses inmediatísimos y que trata de desviar de él nuestra atención, ocultándose tras las catástrofes como tras cortinas de humo. Yo he decidido, personalmente, no preocuparme más por los milenios. Hay cosas que llaman mucho más mi atención.

Y, mientras tanto, follemos, que el mundo se acaba. ■ EDUARDO HARO IBARS.

pero también es cierto que ambas son vistas comúnmente más bien como factores de alienación y de muerte. El nihilismo, el absurdo e incluso la ironía que caracterizan al arte del siglo tienen mucho que ver con ese terror a la Bomba y a la Máquina.

¿Puede prolongarse esta situación por mucho más tiempo? Para Davenport, es preciso en beneficio de todos, acabar con el mutuo desconocimiento entre las dos categorías: la de científicos puros y la de humanistas igualmente puros.

Tal vez, nos dice el autor, un buen principio de solución, por lo que se refiere a los técnicos, esté en los nuevos programas para las escuelas de ingeniería británicas, en las que ya no se enseñan al alumno unos saberes meramente instrumentales, sino que se le explica, entre otras cosas, el porqué del cambio social en que está inmerso, el papel que en el mismo desempeña la tecnología, cuál es la función del ingeniero en la sociedad y otros conocimientos que le permitirán adquirir perspectiva suficiente para contemplar el propio trabajo como parte de un todo superior.

De igual manera, y de modo inverso, habrá que despertar el interés del estudiante de Humanidades por el mundo de la técnica; habrá que enseñarle a ver en ésta no sólo una amenaza, sino, en muchos casos, un bien insustituible. Siempre y cuando, claro está, quienes trabajan con ella desarrollen un sentido de compromiso, de responsabilidad y sobre todo de solidaridad con el hombre.

Tal es el sentido general de la respuesta, ciertamente optimista, que da Davenport al problema planteado, hace ya veinte años, por C. P. Snow. Y es una lástima que el autor ignore toda la abundante literatura marxista dedicada al tema. Tal como está, el libro queda evidentemente cojo. Esperemos que algún próximo volumen de esta nueva y oportuna colección titulada "Tecnología y sociedad" venga a colmar esa y otras lagunas. ■ JOAQUÍN RABAGO.

## "La comunión de los atletas"

La homosexualidad es un tema de difícil tratamiento; hasta hace poco, en España se ha ve-



Vicente Molina-Fox.

nido considerando como algo inexistente, o bien reprochable, y conste que me refiero a la pacata y viriloides España de posguerra, ésa que no debemos olvidar nunca. Vicente Molina-Fox, novelista, joven, y con esa pizca de snobismo tierno que hace a los verdaderos talentos, ha abordado el tema con maestría en su novela *La comunión de los atletas* (1). Novela que va mucho más allá del puro tema homosexual, y que indaga —en un difícil procedimiento narrativo, que a veces nos recuerda al Cocteau de *Les enfants terribles*, pero a un Cocteau descarnado, duro y verdaderamente terrible— en las fuentes de la infancia, en los gimnasios de colegio, en el aroma inconfundible y preciso del sudor de adolescente. Dos personajes ya mayores recuerdan su tiempo perdido, lo buscan con verdadera desesperación, embarcándose para ello en una mascarada sexual, repitiendo ritualmente los gestos eróticos que habían soñado en su infancia. Hasta que el sueño se vuelve demasiado físico para ellos, y entran —al encontrar, por fin, el tiempo perdido— en un universo visceral, excremental. Es el cuerpo el que por fin triunfa, el cuerpo del que hay que huir, porque siempre son preferibles los horizontes malva del sueño.

El ambiente de esta novela es por completo onírico; no tiene nada del surrealismo elegante de un Pleyre de Mandiargues, aunque en algún momento puede recordar el desgarramiento corporal de un Batallón, sin llegar a su crudeza fría y distante. Y es que, segu-

(1) Alfaguara. Madrid.